

Duque de Aujou. La recibió con grandísimos honores y se encerró con ella, diciendo en alta voz: «Madre mía, quiero hablar con vos largamente para mi consuelo y para que me déis consejos.» La hizo sentar en un sillón á su lado, besando sus manos y manifestándole su afectuoso respeto. Después de la conversación, la Reina presentó sus hijos á la Madre de Chantal, diciéndola: «Mirad los dos Príncipes que Dios me ha dado; es menester que los encomendéis mucho á Dios y que los bendigáis ahora.» Y á pesar de su resistencia la obligó á que les diese su bendición, haciéndoles poner de rodillas para recibirla (1).

Estas cosas pasaban en Saint-Germain, desde cuyo punto volvió á París, donde fué recibida con entusiasmo. Tal era la multitud de gente que quería verla y hablarla, que se veía obligada á levantarse á las tres de la mañana, y aun así no bastaba. Las Hermanas tenían mucho que hacer para contentar á todos los que iban con el deseo de que la bienaventurada tocase los rosarios. En todas partes se decía que lo que hasta entonces se había admirado en la Madre de Chantal no era más que la aurora, y que entonces se encontraba en la mitad del día.

En medio de este concurso que aumentaba sin cesar, cuando la aclamaban santa y trataban de tocarla como á reliquia sagrada, su rostro permanecía siempre el mismo, modesto, afable y fervoroso. En sus facciones se leía la perfección de la humildad y caridad á que había llegado esta santa alma. «En cuanto á mí—dijo una religiosa,—tenía un consuelo tan grande en ver cómo se portaba esta buena Madre con toda clase de personas, y en oír las palabras santas que salían de su boca, que si me hubiese dado á escoger entre ayunar y tomar la disciplina diaria durante un año, ó dejar una

(1) Declaraciones de la Superiora de Moulins y de otra religiosa.

sola vez la ocasión de asistirle en el locutorio, hubiera querido mejor, sin comparación, ayunar y tomar todos los días la disciplina. Y puedo asegurar con verdad, que generalmente salía con más fervor y deseos de la virtud que de la misma oración, y muy á menudo con las lágrimas en los ojos, por la suavidad y unción que sus dignas palabras y acciones derramaban en mi corazón. Lo mismo digo de oírla hablar en las recreaciones, porque me hubiera pasado los días y las noches escuchándola sin comer ni beber (1).

En París tuvo la Madre de Chantal la satisfacción grande por que suspiraba tanto hacía. Vió al Sr. Vicente, como se le llamaba aún entonces, y le descubrió su corazón por última vez. ¡Cuán dulce debió ser la conversación de estas dos grandes almas! San Vicente de Paúl entraba ya en los setenta y cinco años; la Madre de Chantal en los setenta y nueve. Uno y otro tocaban ya, pues, al término de su vida. Sus obras se aumentaban á su alrededor, y embalsamaban la Iglesia. Mientras que la Santa había corrido el mundo fundando monasterios y haciendo reflorar la piedad de los claustros, el Santo había edificado hospitales, creado las Hermanas de la Caridad, instituido los Sacerdotes de la Misión para los pueblos y aldeas, abierto los seminarios y renovado el clero; y todo esto no era para uno y para otra más que la menor parte de sus obras. La más hermosa, la que más le había costado, era su alma. Purificada con la penitencia de medio siglo, embellecida con la humildad, transformada por el amor divino, irradiaba al través de su fisonomía regenerada. No podían mirarse uno á otro sin ver resplandecer en sí mismos la imagen de Jesucristo; y su humildad, ocultando á ambos sus propios méritos, hacía brillar con un resplandor más vivo la virtud

(1) *Memorias inéditas de la Madre Francisca Jerónima Favrot.* (Archivos de Annecy.)



que el uno admiraba en el otro. ¡Oh! ¡cuán feliz es el momento en que al cabo de su carrera se encuentran así dos almas transformadas en Jesucristo! Santas conversaciones, miradas respetuosas y conmovidas, desahogos de fe, esperanza y amor, ¡quién será capaz de referirlos! Aquí concluyeron todas las penas interiores de la Madre de Chantal; aquí terminó aquella agonía que duraba hacia nueve años. Dios quiso encontrarse la paz en sus conversaciones con San Vicente de Paúl y con un santo Prelado, el Ilmo. Sr. de Bellegarde, Arzobispo de Sens, á quien dió cuenta general de su conciencia. Desde este día, y durante los tres meses que aún vivió, su alma estuvo embriagada de delicias, y saboreó al borde del sepulcro como un placer anticipado de la bienaventuranza eterna.

Antes de salir de París la santa Madre, fué á pasar dos días á Port-Royal con la Madre Angélica Arnauld, que desgraciadamente, arrastrada entonces por el ardiente é indócil Abate de Saint-Cyran, iba muy pronto á caer en todas las orgullosas locuras del espíritu de la secta. Pero aún no lo conocía, y pudo derramar en el alma de la Santa toda su aflicción y todos sus gemidos sobre el estado de la Iglesia, sin que la venerable Madre de Chantal, poco enterada de las disputas del jansenismo naciente, pudiese sospechar el abismo sobre cuyo borde estaba ya suspendido Port-Royal.

Visitó también á las Carmelitas de París, y allí supo de boca de una gran sierva de Dios, la Hermana Margarita del Santísimo Sacramento, hija de la Señora Acaria, que su muerte estaba próxima. «¿Que decís, Madre mía?—exclamó la Santa.—¡Oh Dios mío! Qué buena noticia!» Y todo el día habló de ella con grandes muestras de júbilo.

Salió de París el 11 de Noviembre, y al dejar su monasterio de la Visitación, «Adiós—les dijo,—hijas mías, hasta la eternidad.»

Su primera parada fué en Melun. Allí una joven pretendiente le suplicó permitiese continuar en su empleo á una Superiora que habia cumplido ya sus seis años. A estas palabras tomó la Santa un aspecto grave, y dejando aquella alegría que encantaba á todo el mundo, le dijo por toda respuesta, mirando un cuadro de San Francisco de Sales: «Hija mía, mucho quiero á ese bienaventurado, pero todavía quiero más á mis reglas (1).»

En Montargis encontró por segunda vez al ilustrísimo Sr. Arzobispo de Sens, que la esperaba, y en cuyo pecho desahogó de nuevo su hermosa alma. «No sabría explicar—escribe este Prelado—la dulzura, la tranquilidad y el amor á Dios, la conformidad y el deseo de unirse á Él, con que esta alma santa se ofrecía al Señor como suave holocausto.» En el momento de separarse le llevó la Santa aparte, y le dijo: «¡Oh Padre mío! os ruego que volváis á decirme en qué estado y con qué disposiciones debo morir, porque no quiero olvidarlo.»

En Nevers se sintió algo enferma, pero no quiso hacer caso: «Hijas mías—dijo á las Hermanas que no querían se levantase á las cinco,—es menester querer lo que Dios quiere, y morir cuando sea su voluntad.» Y viendo á las Hermanas afanarse mucho para servirla y procurarla alivios, «no, no—dijo,—dejad todo esto: pobreza, humildad, sencillez, estas son nuestras reglas.» Se estaba edificando entonces la iglesia del monasterio, y como el pórtico era muy hermoso: «Todo esto es contrario á la pobreza — decía, — y me da mucha pena.» Por su gusto habría hecho que desapareciese. Si hubiera alguno que quisiera comprarlo, era menester vendérselo—decía con gracia.—Pero al menos exigió que las Hermanas escribiesen á todo el Instituto que habían cometido una falta en esto, y que era preciso no seguir su mal ejemplo. Al salir del monasterio le dijo la Supe-

(1) *Fundación inédita de Melun, pág. 51.*



riora: «¡Oh Dios, Madre mía, deberé pensar que no os volveré á ver en este mundo!» La Santa la reprendió gravemente, y la dijo que era menester servir á Dios generosamente y con entera abnegación, sin poner nunca límites al desasimiento y renuncia de sí misma.

La fatiga del viaje de Nevers á Moulins agravó su mal. Las Hermanas la encontraron muy variada á su vuelta, y la misma Santa conoció que Dios la llamaba y que era preciso morir (1).

El sábado 7 de Diciembre, vispera de la Inmaculada Concepción, aunque muy agobiada ya por la enfermedad, se mantuvo de rodillas en el refectorio mientras las Hermanas tomaban la colación, y con los brazos en cruz repitió dos veces en alta voz estas palabras: *O Mater Dei, memento mei*. Después añadió en francés: «Santísima Madre de Dios, por vuestra Inmaculada Concepción, asistidme siempre, y particularmente en la hora de mi muerte. Al día siguiente se levantó á las cinco con la comunidad, pero apenas llegó al coro le atacó el frío de la calentura. Entonces le dijeron que se acostase. «No, no—contestó ella,—dadme el gusto de que comulgue con toda la comunidad, porque este día—añadió—es señalado para mí, pues en él se cumplen treinta y un años que por orden de mi bienaventurado Padre comulgo todos los días, por más indigna que sea de ello.» Después de la Misa fué preciso llevarla y meterla en la cama; y habiendo venido el médico, declaró que la enfermedad era grave. Se expuso el Santísimo Sacramento en la capilla, se principiaron novenas, se dijeron Misas, todas las comunidades religiosas se pusieron en oración, la Duquesa de Montmorency ofreció su vida para salvar la de la Madre de Chantal, y mu-

(1) Para referir la muerte de la Santa Madre de Chantal hemos consultado las autoridades siguientes: 1.º *Memorias de la Madre de Chaugy*. 2.º *Carta circular de la Madre de Musy*, Superiora de Moulins. 3.º *Memorias originales y Vida de la Duquesa de Montmorency*.

chas religiosas hicieron lo mismo. Pero quiso Dios «que las alas de esta paloma que volaba á las moradas eternas, fuesen más fuertes para llevarla al cielo que todos los esfuerzos que se hacían para detenerla en la tierra (1).»

El momento de la muerte, tan grande siempre aun en la vida de los hombres más vulgares, tiene en la de los Santos una belleza incomparable. Esas almas hermosas que por tantos años se han ejercitado en dar á sus menores acciones toda la pureza y toda la elevación de que son capaces, cuando se acerca el grande acto que debe coronar todos los demás, parece que reúnen todas sus fuerzas para darle la suprema perfección.

Por esto la Madre de Chantal había tenido tanta alegría cuando pudo conferenciar acerca de lo relativo á su conciencia con San Vicente de Paúl, y por esto al caer enferma, aunque acaba de comulgar, conociendo que la muerte se acercaba, lo primero que hizo fué llamar al P. de Lingendes, de la Compañía de Jesús, al cual, en ausencia de su confesor ordinario, deseaba descubrir su alma.

En efecto, el día 11 por la tarde le hizo una ligera reseña del estado de su alma, como para dar las últimas pinceladas á la bella obra de su vida, y después de haberse confesado, rogó al confesor de las Hermanas de Moulins escribiese á todos los monasterios diciendo que las Hermanas fuesen muy fieles en la observancia de sus reglas, y que éstos eran sus últimos deseos.

El 12 por la mañana recibió el santo Viático con extraordinarios sentimientos de fervor. Cuando vió entrar á su Salvador se incorporó en la cama, y haciendo un gran esfuerzo, á causa de la opresión de su pecho y de la debilidad en que la calentura la tenía, dijo en voz alta y clara: «Creo firmemente que mi Salvador Jesu-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 282.



cristo está en el Santísimo Sacramento del altar; siempre lo he creído y confesado; le adoro y le conozco por mi Dios, mi Criador y mi Salvador, por mi Redentor misericordiosísimo, que me ha rescatado con su preciosa sangre. Daría de muy buena gana mi vida por esta creencia, pero no soy digna de ello, y confieso que no espero mi salvación sino de su sola misericordia.»

Después de la santa Comunión llamó al confesor, y le dijo en alta voz y en presencia de la comunidad: «Padre mío, ahora que estoy en mi entero juicio, os pido de todo corazón la Extremaunción, y os suplico me la déis cuando sea tiempo.»

El día lo pasó muy mal. Por la noche le propusieron que la llevarían la santa Comunión á las doce, porque habiendo recibido el Viático, no podía comulgar sino en ayunas. Pero lo rehusó por humildad, y también para no turbar la tranquilidad de la noche y el silencio del monasterio. Y como por lo menos quisieran darle la Extremaunción, temiendo muriese aquella noche, «no—dijo,—aún no; me siento bastante fuerte para esperar.»

A las dos de la madrugada se sentó en su cama, y con un rostro sereno, vista firme y voz bastante fuerte, dictó su despedida y sus últimas instrucciones al Instituto. «En este testamento, escrito—dice la Santa—en el lecho de muerte, recomiendo la obediencia á las intenciones de San Francisco de Sales, la paz entre las Hermanas, la unión entre los monasterios, la exacta fidelidad á todas las observancias, la sinceridad de corazón, la sencillez y pobreza de vida y la santa caridad.» «Esto es—añadía—todo lo que puedo deciros en mi última enfermedad.» Suplicaba en seguida á todas sus Hijas que tuviesen un gran respeto, una santa reverencia y una entera confianza en la Duquesa de Montmorency, que es una santa alma—decía—que Dios maneja á su gusto, y á quien todo el Instituto debe grandes favores. «Vive entre nuestras Hermanas—con-

tinuaba—con más humildad, sencillez é inocencia que si fuese una pobre aldeana. Nada me da más pena que la aflicción en que está por mi muerte. Creo que le echaréis la culpa de mi partida de este mundo; pero mis muy queridas Hijas, ya sabéis que la divina Providencia tiene contados nuestros días, y que aunque no hubiese venido aquí, no hubieran sido los míos ni un cuarto de hora más largos. Este viaje ha sido muy útil para las casas por donde hemos pasado y para todo el Instituto.» Concluía recomendándose á las cordiales oraciones de todas sus Hijas, prometiéndoles pedir por ellas al bienaventurado el espíritu de humildad, que es el único que podía conservar el Instituto.

Cuando concluyó de dictar esta carta, y después de copiada en limpio, la firmó. Era el 12 de Diciembre de 1641, víspera de su muerte. Hecho esto volvió á recostarse, diciendo que su conciencia estaba en paz y que nada tenía ya que decir.

La opresión se aumentó al anochecer, y la enfermedad pareció abrumar más á la Santa, pero sin turbar su inteligencia. Las Hermanas que rodeaban su cama anotaron con mucho cuidado los últimos afectos que esta grande alma tartamudeaba en los momentos en que la envolvían las sombras de la muerte, las cuales iban á ser muy pronto disipadas por la luz del eterno día. «¿Qué es una religiosa—decía—sin la observancia de sus reglas?» «Toda la felicidad de este mundo es hacer oración.» «¡Oh, qué hermoso día el de mañana!» Algunas veces abría los ojos muy claros, y mirando á la duquesa de Montmorency, que no la abandonaba un momento, y á las Hermanas que lloraban á su lado, les decía algunas palabras cariñosas para consolarlas.

No pudiendo dormir durante la noche, que fué la última de su vida, hizo que le leyeran la historia de la muerte de Santa Paula, escrita por San Jerónimo, la cual oyó con mucha atención, repitiendo muchas veces: